JUNIO.

TOROS Y VERBENAS.

Otra fiesta religiosa y tambien popular se verifica en el mes de Junio, y es acaso la más lucida y ostentosa de la cristiandad, grande por su objeto y magnífica por su forma y aparato.—Nos referimos á la solemnidad del *Sanctisimum Corpus Christi*, que casi siempre cae dentro de dicho mes, y que celebra Madrid con una vistosísima procesion, en que figura todo lo más brillante de la córte de España, desde el Monarca inclusive hasta las últimas jerarquías eclesiásticas, civiles y militares; lo cual suple en gran parte á la poética ostentacion que suelen desplegar en este dia las santas iglesias de Sevilla, Granada, Toledo y Barcelona.

La extension y hermosura de las calles de la carrera, enarenada y cubierta de toldos, que templan el ardiente sol meridional; el adorno de los balcones con vistosas colgaduras; la inmensa concurrencia de todas las clases de la sociedad; el lujo de ya caprichosos atavíos, y la hermosura de las graciosas madrileñas, que se ostenta en este dia en todo su esplendor, son accesorios que realzan en gran manera aquella solemnidad religiosa, cortesana y popular.—Ya lo describimos minuciosamente, con todos sus

detalles, en 1835 (1), y poco ó nada podriamos añadir; pues, aunque algo amenguada en aparato oficial, todavía ostenta el suficiente para llamar la atencion de propios y extraños. Aun recordamos el entusiasmo, la excitacion que experimentaba *Theophile Gauthier* (á quien acompañábamos en su primer visita á Madrid) ante la magnificencia del acto religioso y el encantador espectáculo de las bellezas matritenses en el paseo de la calle de Carretas.

Desde la Pascua de Resurreccion hasta la canícula empiezan en Madrid las populares corridas de toros, que se celebran todos los lúnes por la tarde en el circo extramuros de la Puerta de Alcalá; mas como el verano suele tardar en asegurarse, no desplegan aquéllas todo su lucimiento, ni el ganado toda su bravura, hasta bien entrado Junio, y entónces es de rigor para la sociedad madrileña, desde las más altas hasta las más populares clases, la asistencia puntual á este terrible y esplendoroso espectáculo. Los más célebres luchadores del Reino, á cuyo frente brillan los valientes espadas Arjona (*Cúchares*), Redondo (*el Chiclanero*) y Francisco Montes; el ganado más bravo y escogido, la plaza mejor servida, la concurrencia numerosa é inteligente, y la animacion y el bullicio consiguientes dan á este espectáculo una animacion deslumbradora, un alegre bullicio, que se extiende en tales dias á la poblacion general de Madrid.

El espectáculo que ofrece en ellos la anchurosa calle de Alcalá, con el agitado movimiento de carruajes de todas fechas y condiciones; de pedestres de todas las clases de la sociedad; y el magnífico golpe de vista de la inmensa plaza, cubierta literalmente de concurrentes de todos sexos, edades y condiciones, desde la aristocrática beldad de los palcos, que ostenta el vestido andaluz y la donosa

(1) Escenas Matritenses.—*La Procesion del Córpus.*

mantilla blanca, hasta la multitud del pueblo, que ocupa gradas y tendidos con sus variados trajes, su animacion y algazara, es realmente un cuadro seductor y que consigue desarmar á los más atrabiliarios censores naturales y extranjeros de estas fiestas; les seducen, les fascinan y no pueden ménos de prestarlas su entusiasmo y simpatía. Hemos visto á muchas celebridades extranjeras, tales como *Alejandro Dumas*, padre é hijo, *el Vizconde D'Arlincourt*, *Roger de Beauvoir*, *Teophile Gauthier*, *Charles Didier*, y otros, manifestar su entusiasmo delirante en presencia de la lidia taurina; hémosles oido despues repetir de viva voz las impresiones recibidas, y consignarlas luégo en sus relaciones de viaje; todo lo cual prueba claramente que algo simpático, algo irresistible tiene nuestra fiesta popular. Y cuenta que esta confesion es tanto más imparcial cuanto que nuestra repulsion á las fiestas taurinas data de toda la vida y no está basada en un hipócrita sentimentalismo, sino en que no hallamos en ella (sin duda por ignorancia) aquella variedad, aquellas emociones que suponen los aficionados más ó ménos inteligentes, más ó ménos afectados, que de todo hay.

Tampoco nos convencen ni las apasionadas diatribas de los filósofos humanitarios contra esta que llaman bárbara diversion, ni ménos aún los elogios exagerados que la consagró D. Nicolas Fernandez de Moratin en su erudita *Disertacion histórica*, ni los ditirambos que empleára en su famosa oda al matador *Pedro Romero*, si bien sean tan bellos como los contenidos en los siguientes versos:

. . . . . .
«El bruto impetuoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brío,
Solamente no es bárbara en España.»

Si bien luégo lo echa á perder con la fanfarronada siguiente:

. . . . . .
«En el extenso mundo,
¿Cuál rey que ciña la imperial corona
Entre hijos de Belona,
Podrá mandar á sus vasallos fieros,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?
¡Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si éstos sus juegos son y su alegría!
¡Oh, no conozca España qué varones
Tan invencibles cria!
¡Rogádselo á los cielos, oh naciones!»

Esto es llevar la hipérbole hasta lo sublime del ridículo.

Mas prescindiendo de todo ello, encomios ó recriminaciones, más ó ménos exagerados, se ve claramente que la aficion á las lides taurinas es ingénita en los españoles desde la más remota edad, y que está basada en la especial combinacion de la bravura de la fiera, peculiar á nuestro clima, y la natural inclinacion del hombre á dominarla; así como los indios malavares ejercitan sus juegos de destreza con las serpientes, los ingleses presencian con ardor las luchas de gallos y las carreras del hipódromo, los franceses los peligrosos ejercicios de los acróbatas, y los árabes las *fantasías* con sus briosos corceles y espingardas. Vese, por lo tanto, que la aficion de los españoles á esa diversion es una cosa natural, y que, á pesar de las leyes, de las persecuciones y de los razonamientos filosóficos, no acabará nunca; como no acaba la costumbre de saborear todos los dias la olla de ricos garbanzos castellanos y chorizos extremeños; como no acabará en Holanda y Flándes, en Alemania é Inglaterra, la aficion á la cerve-

za, que suple la falta del vino. No se templará, en fin, la arrogancia del español, natural ó heredada de los romanos, de los godos y de los árabes, y su inclinacion á la lucha y á los peligros, miéntras no decaiga la bravura de las reses que beben las aguas del Guadalquivir, del Tórmes ó del Jarama.

Las veladas ó verbenas de San Juan, San Antonio y San Pedro concurren tambien á dar al mes de Junio un aspecto animado y pintoresco. La primera especialmente, célebre desde la antigüedad más remota, y comun á todos los pueblos de la cristiandad, ha dejado en Madrid una huella luminosa, impresa en las poéticas descripciones que de ella hicieron los más célebres dramaturgos del siglo XVII, Lope, Calderon, Tirso, Montalvan y otros, y especialmente por el recuerdo de las suntuosas fiestas con que en semejante noche plugo embriagar el ánimo del rey poeta, D. Felipe IV, á su poderoso valido el Conde-Duque de Oliváres.—Las crónicas matritenses llenas están de ampulosas descripciones de estas célebres fiestas, entre las cuales merece especial mencion la que inserta Pellicer, celebrada en la noche de San Juan de 1631 en los tres jardines reunidos de las casas del Duque de Maceda (hoy de Villahermosa), del Conde de Monterey (hoy San Fermin), y de D. Luis Mendez Carrion, Marqués del Carpio (hoy de Alcañices), á lo largo del Prado. En ella se representaron dos comedias, una de Lope, titulada *La Noche de San Juan*, y otra de Quevedo y de Hurtado de Mendoza, con el título de *Quien miente más medra más*.

Hubo ademas baile, música, cena y mascarada, y luégo una suntuosa *rua* de la córte por el paseo del Prado, hasta el amanecer.—No fueron ménos aparatosas las celebradas en tal noche de 1639 y 1640; pero éstas tuvieron efecto en el nuevo sitio del Buen-Retiro, y la última en el

estanque grande, en cuya isleta central (y que áun se distingue cuando se limpia dicho estanque) se alzó un teatro para representar con gran aparato *La Circe*, comedia famosa de Calderon, acaeciendo, empero, que en medio de la fiesta se levantó tal torbellino de viento, que apagó las luces, arrastró los telones del tablado y las máquinas teatrales, dispersando las numerosas barcas tripuladas por los aristócratas espectadores, que estuvieron á pique de perecer en aquel improvisado golfo.

Muy léjos estamos ya de aquellos aparatosos espectáculos, y la *velada de San Juan* en Madrid, donde hablamos, se halla reducida á los términos más prosaicos y vulgares. Hoy, siguiendo el espíritu del siglo, se ha democratizado y convertídose en una simple noche de holgura y desenfado, bacanal de las clases inferiores de la sociedad, que al son de bandurrias y panderos invaden el antiguo Prado de San Jerónimo, sembrado todo él de puestos de buñuelos, torrados y aguardiente, y animado por las castañuelas de los danzantes y las rápidas vueltas del juego de caballos del Tio Vivo, con el trasiego del mosto y la consiguiente intervencion de algun garrote ó navaja.—Todos estos adminículos figuran tambien en las otras verbenas del mes, ó sean la de San Antonio, en el paseo de la Florida, que era antiguamente la más animada y pintoresca, y hoy la ménos frecuentada, y la de la víspera de San Pedro, que suele ser la más bulliciosa y trascendental.

Todas estas expansiones del regocijo popular se traducen en simples danzas y borracheras, en las que suele tomar no poca parte la autoridad municipal.

El Madrid cortesano, el Madrid político suele ofrecer, por el contrario, más intencionadas verbenas en las citadas de Junio, y del Cármen, en el próximo Julio (1), peri-

(1) 1834, 1854 y 1856.

pecias más hondas, dramas, en fin, más trascendentales, representados á grande espectáculo á beneficio de los partidos políticos; pero en el teatro casero de *El Curioso Parlante* no caben estas atrevidas representaciones, y cuando quisiera tocar en ellas, diríale á su pluma lo que maese Pedro al chico que mostraba el retablo: «*Muchacho, muchacho, sigue tu canto llano y no te metas en dibujos ni en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.*»

POESÍAS TÍPICO-CARACTERÍSTICAS.